

Mo Hayder

El caso Birdman

Traducción del inglés de
Javier Sánchez García-Gutiérrez

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Al norte de Greenwich. Finales de mayo. Tres horas antes del amanecer y el río aparecía desierto. Las gabarras renegridas tensaban sus amarras en la corriente y la marea viva liberaba suavemente las pequeñas balandras del fango en el que descansaban. Del agua surgía una bruma que avanzaba hacia el interior, entre almacenes a oscuras y sobre el abandonado Millennium Dome, atravesando páramos solitarios y extraños paisajes de aspecto lunar hasta disiparse entre la maquinaria fantasmal de un depósito de áridos medio en ruinas situado a unos cuatrocientos metros tierra adentro.

Un repentino barrido de faros: un coche de policía entraba en la vía de servicio lanzando silenciosos destellos azules. Momentos después se le unieron un segundo y un tercer coche. Durante los veinte minutos siguientes continuó llegando más policía: ocho coches patrulla, dos Ford Sierra camuflados y la furgoneta Ford Transit blanca del equipo de fotografía forense. Se estableció un control de seguridad al principio de la vía de servicio y se ordenó a los agentes uniformados que cerraran el acceso desde el río. El primer oficial del CID en llegar al lugar se puso en contacto con la centralita de Croydon para solicitar los números de los *busca* de los miembros de la AMIP, unidad de la policía metropolitana del Gran Londres, formada por investigadores expertos, encargada de prestar ayuda a los detectives del CID en las pesquisas de los delitos importantes. A unos ocho kilómetros, el inspector Jack Caffery, asignado al Grupo B de la AMIP, despertó en su cama.

Caffery permaneció tumbado, parpadeando en la oscuridad, mientras ordenaba sus pensamientos y combatía el impulso de darse la vuelta y volverse a dormir. Tras una profunda inspiración, hizo el esfuerzo de salir de la cama, se dirigió al baño para echarse agua en la cara *—no más Glenmorangies durante la semana de*

guardia, Jack, júralo, júralo ahora– y se vistió, sin muchas prisas: mejor llegar completamente despierto y sereno, ahora la corbata, un detalle subestimado *–a los del CID no les gusta que llamemos la atención más que ellos–*, el *busca*, y café, cantidad de café instantáneo, con azúcar pero sin leche, nada de leche *–y sobre todo no comas, nunca se sabe lo que te vas a encontrar–*. Se tomó dos tazas de café, cogió las llaves del coche del bolsillo de los vaqueros y, espabilado por la cafeína, con un cigarrillo liado entre los dientes, condujo por las desiertas calles de Greenwich hasta la escena del crimen. Allí su superior, el superintendente Steve Maddox, un tipo de baja estatura y prematuramente cano, impecable como siempre con un traje color pardo, le esperaba fuera del depósito, caminando de acá para allá bajo una farola solitaria mientras jugueteaba con las llaves del coche y se mordía el labio.

Maddox vio el coche de Jack detenerse, se acercó a él y, apoyando un codo en el techo, se inclinó para asomarse a la ventanilla:

–Espero que no hayas comido nada –advirtió.

Caffery tiró del freno de mano y cogió papel de liar y tabaco del salpicadero.

–Estupendo. Precisamente lo que esperaba oír.

–Este ha rebasado con mucho la fecha de caducidad –añadió Maddox mientras retrocedía y Jack salía del coche–. Mujer, enterada parcialmente. Justo en medio del descampado.

–¿La has visto?

–No, no. Me han puesto al día los del CID de la zona –contestó. Lanzó una mirada por encima del hombro hacia donde los oficiales del CID formaban un corrillo. Después dijo en voz baja–: Le hicieron la autopsia. La clásica cremallera en forma de Y.

Jack se detuvo y apoyó la mano en la puerta del coche.

–¿La *autopsia*?

–Sí.

–Entonces probablemente haya desaparecido de un laboratorio de patología.

–Ya...

–Una travesura de un estudiante de medicina...

–Ya sé, ya sé –le interrumpió Maddox con las manos levantadas–. En realidad no es nuestro terreno, pero mira...

Lanzó una nueva ojeada por encima del hombro y se le acercó.

–Ten en cuenta que los del CID de Greenwich suelen tratarnos bien. Démosles gusto. No pasa nada por echar un vistazo rápido a la carnicería. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–Bien –prosiguió Maddox, enderezándose–. Y tú, ¿cómo andas? ¿Crees que estás listo?

–Pues no, joder –replicó Caffery. Cerró la puerta del coche de un portazo, sacó su placa del bolsillo y, encogiéndose de hombros, añadió–: Es evidente que no estoy listo. Y no sé si alguna vez lo estaré.

Siguieron la valla que rodeaba el recinto y se dirigieron hacia la entrada. La única luz existente era la de las bombillas de sodio de las farolas dispersas, amarillenta y mortecina, y la del flash de la cámara del equipo forense que a veces inundaba el descampado con su blanco destello. A kilómetro y medio hacia el norte, sobre la línea del horizonte, se erguía la luminosa cúpula del Millennium con sus balizas rojas para la seguridad aérea parpadeando bajo las estrellas.

–Estaba metida en una bolsa de basura o algo así. Pero está tan oscuro ahí fuera que el primer oficial que la vio no lo puede asegurar: al ser la primera vez que se encontraba en circunstancias semejantes debió de llevarse un susto de muerte –explicó Maddox. Entonces hizo un gesto con la cabeza hacia un grupo de coches y añadió–: El Mercedes. ¿Ves el Mercedes?

–Sí –contestó Caffery sin romper el paso.

Un tipo de aspecto corpulento, encorvado en el asiento delantero con un abrigo de pelo de camello, hablaba con determinación con un oficial del CID.

–Es el propietario. Por aquí hay mucho puterío por el asunto del Millennium. Dice que contrató una cuadrilla la semana pasada para limpiar un poco el lugar. Con tanta maquinaria pesada es probable que removieran la tumba sin darse cuenta. Luego a la una...

Llegaron al control, Maddox hizo una pausa, y ambos mostraron sus placas al agente de servicio, se identificaron y agacharon la cabeza para pasar por debajo de la cinta que delimitaba la escena del crimen.

–Luego a la una de esta madrugada –continuó–, tres tipos que andaban por aquí haciendo algo poco sano con una lata de cola adhesiva Evostik se tropezaron con el cadáver. Están en la comisaría. La coordinadora de la escena del crimen nos dará más detalles. Ya ha estado ahí dentro.

La sargento Fionna Quinn, enviada por Scotland Yard, les esperaba en una zona iluminada junto a una caseta prefabricada,

como si fuera un fantasma con su mono blanco Tyvek. Cuando se acercaron se retiró la capucha con gesto serio.

Maddox hizo las presentaciones.

–Jack, esta es la sargento Quinn. Mi nuevo inspector, Jack Caffery. Caffery se aproximó con la mano extendida.

–Encantado de conocerla.

–Lo mismo digo, señor –contestó. Se quitó un guante de látex y, estrechando la mano de Caffery, añadió–: Su primer caso, ¿verdad?

–En la AMIP, sí.

–Bien. Ojalá tuviera algo más agradable para usted. Ahí dentro las cosas no son nada bonitas. Nada en absoluto. Le partieron el cráneo con algo, maquinaria probablemente. Está boca arriba –dijo echándose hacia atrás, con los brazos extendidos y la boca abierta, a modo de explicación. En la penumbra Caffery vio el brillo de algunos empastes–. De cintura para abajo está enterrada bajo hormigón prefabricado. Parece el bordillo de una acera o algo así.

–¿Lleva mucho tiempo? –preguntó Maddox.

–No, no. A simple vista –dijo poniéndose de nuevo el guante y entregándole una mascarilla de algodón–, menos de una semana; pero es demasiado tiempo para que merezca la pena meter prisa a un especialista. Creo que debería esperar hasta que amanezca para sacar al patólogo de la cama. Podrá darle más información cuando la tenga en la mesa de autopsias y haya analizado la posible actividad de insectos. Está semienterrada, medio envuelta en una bolsa de basura: eso podría ser importante.

–¿El patólogo? –dijo Caffery–. ¿Está segura de que necesitamos uno? El CID de Greenwich cree que ha habido una autopsia.

–Así es.

–¿Y aun así quiere que la veamos?

–Sí –contestó Quinn sin cambiar el gesto–. Creo que deben verla. No estamos hablando de una autopsia profesional.

Maddox y Caffery intercambiaron una mirada. Hubo un momento de silencio y Jack asintió.

–De acuerdo, de acuerdo entonces –añadió. Carraspeó, cogió los guantes y la mascarilla que Quinn le tendía, y se metió la corbata por dentro de la camisa–. Vamos, pues. Echemos un vistazo.

Aun con los guantes de látex puestos, la vieja costumbre del CID hacía que Caffery caminara con las manos en los bolsillos. De vez en cuando perdía de vista la luz de la linterna forense de la sargento Quinn, lo que le ocasionaba momentos de intranquili-

dad. El depósito estaba a oscuras: el equipo de fotografía forense había acabado su tarea y estaba en su furgoneta copiando la cinta original. El único foco de luz era el tenue resplandor químico de la cinta fluorescente que la coordinadora había utilizado para señalar los contornos de los objetos encontrados a ambos lados del camino y así protegerlos hasta que el oficial de pruebas de la AMIP llegara, los etiquetara y los metiera en bolsas. Se movían a través de la bruma como espectros inquisitivos, entre sombras de botellas color verde pálido, latas estrujadas y un bulto informe que podría haber sido una camiseta o una toalla. Las cintas transportadoras y las grúas de puente se elevaban en el cielo de la noche más de veinte metros, grises y silenciosas como una montaña rusa fuera de temporada.

Quinn levantó la mano para indicarles que se detuvieran.

—Ahí —dijo a Caffery—. ¿La ve? Está boca arriba.

—¿Dónde?

—¿Ve el bidón de aceite? —preguntó moviendo la luz de la linterna.

—Sí.

—¿Y las dos barras de acero a la derecha?

—Sí.

—Sígalas hacia abajo.

—¡Dios!

—¿Lo ve?

—Sí —contestó Caffery, aguantando el tipo—. Sí, sí, lo veo.

¿Eso? ¿Eso era un cuerpo? Había creído que era una masa expandida, amarilla y brillante como la que lanza un bote de espuma de poliuretano. Entonces vio pelo y dientes, y reconoció un brazo. Por fin, al ladear la cabeza, comprendió lo que estaba viendo.

—¡Oh! ¡Dios santo! —exclamó Maddox sobrecogido—. Venga, que alguien la cubra con una carpa de lona.

Cuando el sol salió y disipó la bruma del río, todo el que había visto el cuerpo a la luz del día sabía que aquello no era la travesura de un estudiante de medicina. Harsha Krishnamurthi, patólogo de guardia del Home Office, llegó al lugar y desapareció en el interior de la carpa de lona blanca durante una hora. Reunió al equipo de búsqueda de huellas dactilares para darle instrucciones y, hacia las 12 del mediodía, el cuerpo comenzó a ser extraído de la masa de hormigón.

Caffery encontró a Maddox en el asiento delantero del Ford Sierra del Grupo B.

–¿Estás bien?

–Aquí ya no podemos hacer nada más, amigo. Dejemos que Krishnamurthi se encargue a partir de ahora –contestó Maddox.

–Vete a casa y echa una cabezada.

–Tú también.

–No. Yo me quedo –replicó Caffery.

–No, Jack. Tú también. Si tienes ganas de practicar el insomnio podrás hacerlo en los próximos días. Te lo aseguro.

Caffery levantó las manos.

–Vale, vale. Lo que usted diga, señor.

–Eso es: lo que yo diga –asintió Maddox.

–Pero no dormiré.

–Bueno. Lo que tú quieras. Pero vete a casa –añadió haciendo un gesto hacia el viejo Jaguar abollado de Caffery–. Vete y *haz como* que duermes.

La imagen del cuerpo de color amarillo intenso bajo la carpa le acompañó todo el trayecto y aún seguía nítida al llegar a casa. A la nueva luz del día aquella mujer parecía más real que la noche

anterior. Sus uñas, mordidas y pintadas de azul celeste, se curvaban hacia el interior de las palmas hinchadas.

Caffery se duchó y afeitó. Después de la mañana junto al río su rostro se veía curtido en el espejo, con nuevas arrugas en torno a los ojos. Sabía que no dormiría.

Su rápido ascenso aportaba savia fresca a la AMIP: más joven, con más vigor, más preparada... Reconocía el resentimiento precedente de los veteranos y comprendía el pequeño placer siniestro que habían sentido cuando la lista de turnos de guardia de ocho semanas regresó de nuevo al Grupo B, coincidiendo de manera clara y desagradable con la responsabilidad de su primer caso.

Siete días de servicio, veinticuatro horas de guardia, noches en vela: y de golpe y porrazo metido directamente en el caso, sin tiempo para recuperar el aliento. No iba a estar en plena forma.

Y parecía un caso complejo.

No era sólo el lugar y la ausencia de testigos lo que lo enturbiaba; bajo la luz matutina había visto las negras marcas ulceradas de las cicatrices de las agujas.

El agresor había hecho algo en los pechos de la víctima, algo en lo que Caffery intentó no pensar mientras estaba en el cuarto de baño. Se secó el pelo con la toalla y sacudió la cabeza para sacarse el agua de los oídos. *Deja de pensar en ello. No dejes que siga dándote vueltas en la cabeza.* Maddox tenía razón: necesitaba descansar.

Estaba en la cocina, sirviéndose un Glenmorangie, cuando sonó el timbre.

–Soy yo –anunció Veronica a través de la rendija del buzón–. Iba a llamarte pero me dejé el móvil en casa.

Caffery abrió la puerta. La mujer llevaba un traje de lino color crema y unas gafas de sol de Armani encajadas en el pelo. Alrededor de sus talones había varias bolsas de las *boutiques* de Chelsea. Su Opel Tigra descapotable, de color rojo vivo, estaba aparcado al sol de la tarde, al otro lado de la verja del jardín, y Caffery vio que tenía la llave de la puerta en la mano como si hubiera estado a punto de usarla.

–Hola, guapo –dijo, inclinándose en busca de un beso.

La besó y notó un sabor a lápiz de labios y a menta de spray oral.

–¡Qué bien! –susurró Veronica al tiempo que le cogía de la muñeca y se echaba hacia atrás para apreciar mejor su buen color, sus

vaqueros y sus pies descalzos. Entonces vio la botella de whisky colgando entre sus dedos—. Relajándote, ¿verdad?

—Estaba en el jardín.

—¿Vigilando a Penderecki?

—¿Crees que no soy capaz de salir al jardín sin vigilar a Penderecki?

—Claro que no eres capaz. Anda, toma... —dijo pasándole una bolsa de la cadena de supermercados Waitrose. Al ver la cara que ponía comenzó a reírse y añadió—: ¡Oh, venga, Jack! Es una broma. He comprado langostinos, unos manojos de eneldo y cilantro y el mejor moscatel. Y además esto... —prosiguió mostrándole una caja de color verde oscuro—. De parte de Papá y mía.

Levantó una de sus largas piernas como si fuera un ave exótica y apoyó la caja sobre la rodilla para abrirla. En su interior había una cazadora de cuero envuelta en papel de seda estampado.

—Es uno de los diseños que importamos.

—Pero si ya tengo una cazadora de cuero...

—Vaya —dijo con una sonrisa indecisa—. Bueno, no te preocupes —añadió cerrando la caja. Se quedaron un momento en silencio y luego concluyó—: Puedo devolverla.

—No, no —replicó Jack avergonzado—. Por favor, no lo hagas.

—De verdad, puedo cambiarla por otra prenda.

—No, en serio. Trae, dámela.

Así eran siempre las cosas con Veronica, pensó mientras cerraba la puerta con la rodilla y la seguía al interior: ella le hacía una sugerencia que le cambiaba la vida, él la rechazaba, ella torcía el morro y se encogía enérgicamente de hombros; acto seguido, él se declaraba culpable, se ponía boca arriba y se rendía. Y todo por su pasado. *Simple pero eficaz, Veronica*. En los escasos seis meses que llevaban juntos, su casa, deteriorada por el tiempo pero cómoda, se había transformado en un lugar desconocido, lleno de plantas aromáticas y de artilugios que ahorraban trabajo. Tenía el armario repleto de ropa que nunca se pondría: trajes de diseño, chaquetas respunteadas a mano, corbatas de seda, vaqueros de piel de melocotón, todo cortesía de la empresa de importación del padre de Veronica en Mortimer Street.

Mientras ella tomaba posesión de la cocina como si fuera suya —las ventanas abiertas, el trasiego de los utensilios Guzzini, el chisporroteo del aceite de cacahuete en las sartenes verde brillante—, Jack agarró el whisky y salió a la terraza.

El jardín. Ahí había una prueba irrefutable de que su relación

estaba en la cuerda floja, pensó mientras destapaba la botella de Glenmorangie. Plantado antes de que sus padres compraran la casa –lleno de arbustos de hibisco, flores del altramuz y hasta una añosa clemátide trepadora–, a él le gustaba dejarlo crecer en verano hasta que la vegetación casi cubría las ventanas. Pero Veronica quería recortarlo, podarlo y abonarlo. Hablaba de cultivar hierba de limón y alcaparras en macetas de colores y ponerlas en los alféizares, de redistribuir el jardín, trazar senderos de gravilla y plantar laureles. Y últimamente, después de haber trastocado su vida y su vivienda, quería que vendiera, que dejara esa pequeña casa de campo victoriana de ladrillo descascarillado en la que había nacido, al sur de Londres, con sus ventanas de parteluz, su jardín enmarañado y el traqueteo de los trenes al pasar por el desmonte. Deseaba renunciar a su trabajo simbólico en el negocio familiar, abandonar la casa de sus padres y empezar a construir un hogar para él.

Pero él no podía. Su vida estaba demasiado ligada a esos mil metros cuadrados de marga y arcilla como para arrancarla por un capricho. Además, seis meses después de conocer a Veronica estaba seguro de una cosa: no la quería.

La observó a través de la ventana mientras frotaba la piel de unas patatas y hacía rizos de mantequilla. A finales del último año él había cumplido cuatro en el CID, cada vez más perezoso y aburrido, y seguía haciendo tiempo a la espera de lo que pudiera venir. Hasta que en una alocada fiesta de Halloween, organizada por el Departamento, advirtió que una joven con minifalda y sandalias con tiras doradas le observaba, fuera donde fuera, con una sonrisa de complicidad en el rostro.

Veronica desencadenó en Jack una obsesión hormonal que le duró dos meses. Compartía su apetito sexual. Le despertaba a las seis de la mañana en busca de sexo y pasaba los fines de semana deambulando por la casa sin otra cosa encima que unos tacones y carmín en los labios, brillante y fresco como un sorbete.

Aquello le dio nueva energía y otros aspectos de su vida empezaron a cambiar. Cuando llegó abril tenía las marcas de los tacones de gatito de los Manolo en el cabecero y un traslado a la AMIP. La unidad central de homicidios.

Pero en primavera, justo cuando su atracción hacia ella comenzaba a decaer, las prioridades de Veronica dieron un giro. Se volvió seria en lo referente a su relación con él y comenzó una campaña para tenerle sujeto. Una noche le hizo sentarse y, en tono grave, le habló de la gran injusticia acaecida en su vida mucho antes de que

se conocieran: había perdido dos años de su adolescencia luchando contra un cáncer.

La estrategia funcionó. Le cogió desprevenido y no supo cómo poner fin a la relación.

¡Qué arrogante, Jack! –pensó–. Como si no abandonarla pudiera ser una compensación. ¡Pero qué arrogante puedes llegar a ser!

En la cocina, Veronica agachó la barbilla, delgada y asimétrica, e hizo trizas con los dientes un ramillete de hierbabuena. Caffery se sirvió un poco de whisky y se lo bebió de un trago.

Esta noche lo haría. Tal vez después de la cena...

En una hora estaba preparada. Veronica encendió todas las luces de la casa y puso velas de cidronela en el patio.

–Ensalada de judías y bacón con rúcula, langostinos en salsa de soja y miel y, para acabar, sorbete de clementina. ¿Te parece la mujer perfecta o no? –dijo sacudiéndose la melena y mostrando una dentadura en cuyo cuidado no escatimaba gastos–. Pensé que era mejor probar contigo y ver si puede servir para la fiesta.

–La fiesta –repitió Jack. Lo había olvidado. La habían organizado pensando que diez días después de la semana de guardia era un buen momento para dar una fiesta.

–Qué suerte que yo no lo haya olvidado, ¿verdad? –dijo pasando por delante de él con una cazuela de Le Creuset rebosante de patatas baby. Los ventanales de la sala de estar daban al jardín–. Esta noche cenaremos aquí. No tiene sentido utilizar el comedor.

Veronica se detuvo, observando su camiseta arrugada y su indómito pelo oscuro.

–¿No crees que deberías vestirme para la cena? –preguntó.

–No lo dirás en serio...

–Bueno –afirmó desplegando la servilleta sobre sus rodillas–, creo que estaría bien.

–No –replicó Caffery mientras se sentaba–. Debo reservar mi traje. He empezado a trabajar en un caso.

Venga, Veronica, pregúntame por el caso, muestra interés en algo que no sea mi guardarropa o mi mantelería.

Pero ella comenzó a servirle patatas en el plato.

–Tienes más de un traje, ¿no? Papá te mandó el gris.

–Los demás están en la tintorería.

–Oh, Jack, deberías haberlo dicho. Podría haberlos recogido.

–Veronica...

–De acuerdo –admitió levantando la mano–. Lo siento. No lo volveré a mencionar...

Dejó de hablar de repente. El teléfono sonaba en el pasillo.

–Me pregunto quién será –dijo mientras pinchaba una patata–. Como si no lo supiera... –añadió.

Caffery dejó el vaso en la mesa y echó la silla hacia atrás.

–¡Por Dios! –exclamó, soltando el tenedor exasperada–. No cabe duda de que tienen un sexto sentido, desde luego. ¿Por qué no lo dejas sonar?

–No.

Se dirigió al pasillo y contestó.

–¿Sí?

–No me lo digas. Estabas dormido –dijo Maddox al otro lado de la línea.

–Te dije que no iba a dormir.

–Siento hacerte esto, amigo.

–Vale. ¿Qué ocurre?

–Estoy aquí otra vez. El jefe dio su visto bueno para que trajeran cierto aparato. Y uno de los miembros del equipo de búsqueda encontró algo.

–¿Aparato?

–Un RPT.

–¿Un RPT? Eso...

Caffery se detuvo. Veronica pasó a su lado con resolución, subió las escaleras impetuosamente y cerró la puerta del dormitorio tras ella. Él permaneció en el estrecho pasillo sin perderla de vista, con una mano apoyada en la pared.

–¿Estás ahí, Jack?

–Sí, sí, lo siento. ¿Qué decías? Un RPT, eso es un radar no sé qué.

–Un radar de penetración terrestre.

–Ya. ¿Lo que me estás diciendo es que hay más? –preguntó mientras rascaba un huequecillo en la pared con la uña negra de su dedo pulgar.

–Sí –contestó Maddox con tono serio–. Cuatro más.

–¡Joder! –exclamó frotándose el cuello–. ¿Enterrados por debajo del otro o qué?

–Acaban de empezar a sacarlos ahora.

–Vale. ¿Dónde vas a estar?

–En el almacén de áridos. Después podemos seguirlos hasta Devonshire Drive.

–Ahí está el depósito de cadáveres de Greenwich, ¿no?

–Ajá. Krishnamurthi ya ha empezado con el primero. Ha aceptado pasarse la noche en vela por nosotros.

–Bien. Te veo dentro de media hora.

En el piso de arriba, Veronica seguía en el dormitorio con la puerta cerrada. Caffery se vistió en la habitación de Ewan y echó un vistazo por la ventana, por encima de las vías, para comprobar si había alguna actividad en casa de Penderecki. Nada. Mientras empezaba a hacerse el nudo de la corbata asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

–Está bien. Tenemos que hablar. Cuando vuelva...

Se detuvo. Ella estaba sentada en la cama, con la colcha subida hasta el cuello y un bote de pastillas en la mano.

–¿Qué es eso?

Veronica le miró con ojos tristes e hinchados.

–Ibuprofeno. ¿Por qué?

–¿Qué estás haciendo?

–Nada.

–Veronica, ¿qué estás haciendo? –insistió.

–Tengo la garganta inflamada otra vez.

Caffery se detuvo con un extremo de la corbata en la mano izquierda.

–¿Tienes la garganta inflamada?

–Eso he dicho.

–¿Desde cuándo?

–No sé.

–Vamos a ver. La inflamación de garganta se tiene o no se tiene.

Ella masculló algo, abrió el bote, agitó dos pastillas en la mano y le miró.

–¿Vas a algún sitio agradable? –preguntó.

–¿Por qué no me dijiste que tenías la garganta inflamada? ¿No deberías hacerte pruebas?

–No te preocupes. Tienes cosas más importantes en las que pensar.

–Veronica...

–¿Qué quieres ahora?

Guardó silencio durante un momento.

–Nada.

Acabó de anudarse la corbata y se dirigió hacia las escaleras.

–No te preocupes por mí, ¿vale? –dijo en voz alta–. No te esperaré despierta.